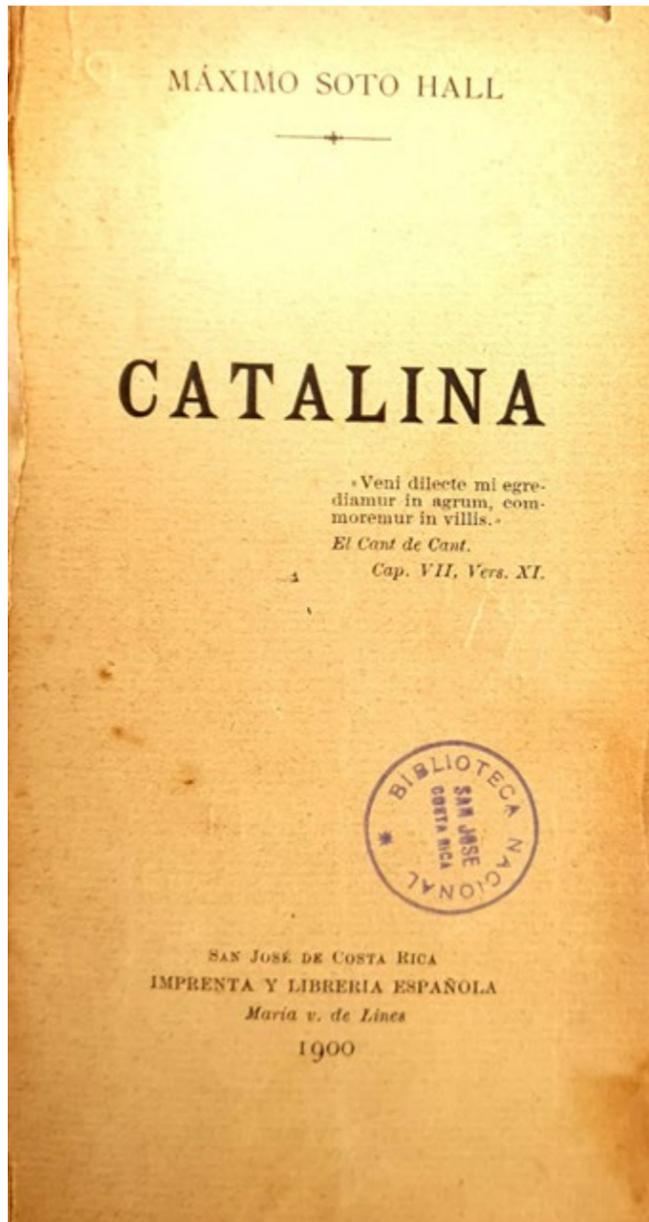


Máximo Soto Hall



Idílico sueño, llama el autor a su obra Catalina en la dedicatoria que dirige a un doctor amigo.

Es el amor que pasa por una conciencia sencilla. El amor con todas sus angustias, con sus anhelos de todos los días, con sus esperanzas que poco a poco van desvaneciéndose, con sus ilusiones devastadoras.

Catalina es una flor silvestre. Nació al arrullo de un rumoroso riachuelo en las cercanías de la capital. No sospecha cuántas tristezas se ocultan en cada una de las palabras que escucha. De sencillez campesina, se complace en ver cómo pasa la vida con una serenidad ficticia. Nada anhela. Sus ansias las conoce solamente la piadosa Virgen de los Desamparados.

Llega, al pueblo, Ricardo. Viene huyendo de la ingratitud de los demás. No sospecha que en el alma suya ha de anidar bien pronto una de las mayores injusticias. Toma en serio su propia desgracia. No así la ajena, la que su misma inconsciencia provoca. Es, en el fondo y a pesar de las apariencias, un egoísta.

Surge el amor en ambos. En ella con la vivacidad que en todo lo suyo ponen las almas sencillas. En él, con violencia, también. Aquel amor le sirve para olvidar las inquietudes que de la ciudad hubo de traer y que se alzan amenazadoras.

En ella, sinceridad, solo sinceridad. En él que empieza engañándose a sí mismo, no cabe esa misma intensidad altruista.

Y llega el desencanto. Una mujer de la capital que posee más viveza, mayor astucia, que sabe desplegar con inteligencia suma, la más hábil de las coqueterías, logra el triunfo. La ciudad y el cambio en lucha desigual, como siempre. Ricardo no logra apreciar el tesoro que se encierra en aquellos sentimientos puros. Catalina es abandonada.

La tristeza, honda e injusta tristeza, va apoderándose de aquella dulce mujer cuya inocencia le impide darse cuenta de que, a la sombra del amor, se oculta mil dolorosas realidades. El idilio que ya ha terminado, deja en ella una angustia indecible: la de amar sin ser amada, la de pasar los minutos, que son horas, en espera de algo que nunca ha de llegar. Y la infeliz muere sin que el ingrato sienta, por un instante siquiera, la inquietud dolorosa de un remordimiento.

Es una novela de interés psicológico. Se escribió en forma del que evidencia el dominio absoluto que de su propio estilo poseía el autor fallecido hace pocos años.